

Mors ex Vita

Creo que no es prudente ni útil profundizar mucho la investigación de los fenómenos misteriosos. Ustedes recordarán que, hace ya bastantes años, recrudesció en todas partes el afán o moda de las experiencias espiritistas. Yo estoy convencido de que esa llamada *ciencia* de los espíritus está compuesta de un cincuenta por ciento de superchería, un cuarenta por ciento de fantasía y perturbación nerviosa, y el resto de *cosa* desconocida; y me expreso así, porque no encuentro otra manera de precisar, aunque imperfectamente, esas formas vagas con que se manifiesta un misterio o como se exterioriza la acción de una ley desconocida, que se percibe o se adivina en hechos que ni la superchería, ni el histerismo, ni la sugestión explican. Yo tomé con cierta cachaza las investigaciones a que, por ociosidad espiritual o natural curiosidad, cediendo a la moda, se entregó mi íntimo amigo y camarada Loredano. Yo no prestaba ni pizca de fe a los fenómenos que presenciábamos, y que hacían honda impresión en Loredano y en tres amigos más concurrentes a las sesiones que se efectuaban en la casa de aquél; y si tomaba parte en ellas era más que todo por deslindar lo que había de farsa o de imaginación en los fenómenos, así como para impedir que a título de espiritismo, se robara a mi amigo y se explotara su bolsa. Loredano era riquísimo, y aun cuando los tres amigos que nos acompañaban en las manipulaciones del misterio eran personas insospechables, no tenía yo igual concepto de los *mediums profesionales*, contratados con frecuencia para lo que podría llamarse experiencias de mayor cuantía. Como yo era la única persona del cenáculo que conservaba la serenidad de espíritu, podía controlar mejor que las demás la probidad y circunspección de los *mediums*. Sin duda por esto pude observar una noche la presencia clandestina e ignorada por mis compañeros, de Cartouche o, mejor dicho, del espíritu de Cartouche, el famoso ladrón francés del siglo XVIII, presencia que se manifestó en el hecho de que la *medium*, una señora cuya especia-

lidad eran las comunicaciones grafológicas, se embolsicara, a un descuido de mis amigos, un artístico cenicero de oro. Naturalmente frustré los malos instintos de Cartouche, acercándome cortesmente a la dama *medium*, una vez que recobró el uso de sus sentidos, y pidiéndole la devolución del objeto sustraído, alegando como razón fundamental que no era admisible que el espíritu de Cartouche fumara en las regiones de ultratumba.

En la salita que especialmente arregló Loredano para nuestras sesiones bi-semanales se efectuaron experiencias verdaderamente maravillosas. Agotamos el repertorio de las detalladas en los libros de la materia. Allí se repitieron muchas veces las conversaciones con los espíritus por medio de golpes o tipología, los aportes de objetos, la impresión en arcilla de manos y rostros desconocidos, la audición de músicas raras en instrumentos guardados en cajas cerradas. Por último llegamos a obtener apariciones luminosas de los espíritus y hasta su materialización. Confieso que como en todos estos fenómenos se requería la intervención de *mediums* extraños, pues ni Loredano y sus amigos y mucho menos yo, teníamos la suerte de gozar de la *mediumidad*, no conseguí jamás, no obstante el testimonio de mis sentidos no turbados por la emoción, convencerme de la...¿cómo decir?... de la efectividad circunspecta y leal de esos maravillosos fenómenos que ante mi vista se producían. Debe advertir que probablemente esta recalitrante resistencia de mi entendimiento para prestar su asentimiento se fundaba en que una vez tuvimos que sacar por medio de la tipología contundente, o sea a golpes, a un *medium*, cuya fisonomía de bribón redomado y cazurro me predispuso a una observación atenta y especial de su ensueño medianímico. Por casualidad me situé en un asiento próximo a la llave de la luz eléctrica, y desde el cual podía darme cuenta, mejor que los demás concurrentes, de las modificaciones *psíquicas* del *medium*, quien una vez puesto en contacto con el espíritu de Cimarosa, según se nos dijo, debía pedirle que tocara en el clavicordio, situado a dos metros de distancia, las primeras notas de la obertura de *Artemisa*. Me pareció observar que las manos del sujeto dormido no guardaban la inmovilidad propia del caso y apenas se oyeron dos notas del piano...; *Fiat lux!*... dí vuelta a la llave y mostré a mis conmovidos compañeros el ardid de Cimarosa consistente en cinco hilos de seda finos y resistentes que en una extremidad tenían pedacitos de cera adheridos al teclado, y por la extremidad opuesta estaban enrollados en los dedos

del *medium*, quien, como yo sospechaba, estaba menos dormido de lo que parecía, y al verse descubierto se escabulló, pero no con la suficiente presteza como para ahorrarse la recepción de dos o tres mojicones de mis amigos y de un puntapié de mediana intensidad que tuve la satisfacción de propinarle en la región subdorsal.

En otra ocasión tuve oportunidad de descubrir otro *truc* de un *medium* a tanto la sesión, *truc* que consistía en proyectar,—por medio de una linterna diminuta disimulada en el forro de un espeso gabán de pieles, que el *medium* no quiso despojarse alegando un fuerte resfrío,— la fisonomía cadavérica y arreglada *ad hoc* del padre del Loredano, fallecido hacía varios años. La proyección se hizo sobre humo de incienso de un brasero que el espíritu había solicitado. Como yo observara que el *medium* había tenido la extravagancia de sumirse en el ensueño psíquico que provoca la comunión con el misterio, con las manos metidas en los bolsillos del gabán, me pareció que eso estaba fuera del protocolo espiritista, y me puse a cavilar sobre las finalidades misteriosas que cumplirían esas manos, llegando a la conclusión, acaso atrevida, de que esas manos y la aparición tenían sospechosas concomitancias. Ya se puede imaginar cuán intensa emoción experimentaría mis compañeros, y especialmente Loredano, al ver aparecer entre la nube de humo, durante tres o cuatro segundos, la amada y recordada fisonomía. Cuando desapareció la misteriosa imágen, el *medium* despertó, dando muestras de gran fatiga mental y depresión nerviosa, por lo que se despidió inmediatamente. Yo también me despedí y salimos juntos. Al pasar por el zaguán de la casa, cuyos muros eran blancos, introduje diestramente la mano en el bolsillo del gabán y apreté el botón de una especie de pera que allí encontré. Se proyectó en la pared el fantasma, con gan asombro del *medium*, quien inmediatamente llevó al bolsillo su mano, encontrándose con la mía, entregada a las evocaciones misteriosas. Me limité a decirle con sorna:

—¡Mire, compadre, hasta dónde nos persigue el difunto! Por menos, a otro bribón de la calaña de usted hicimos, no ha mucho, cariñosas manifestaciones en las costillas, que no creo tenga usted vivísima curiosidad de experimentar personalmente. Espero, pues, que no tendrá usted la desvergüenza de presentarse en las demás sesiones para las que ha sido contratado, y mucho menos de venir a cobrar el importe de su muy interesante tomadura de pelo. Conque, amiguito, abur.

Le puse en la calle sin la menor protesta y regresé pretextando un olvido. No dije una palabra de lo sucedido. El pícaro no volvió a poner los piés en casa de Loredano.

Después de lo que he referido, y que prueba la poca disposición de mi espíritu para aceptar incondicionalmente los hechos maravillosos, ¿querrán ustedes creer en la veracidad y buena fé con que haré el relato de una estupenda y trágica aventura de Loredano?. Me creerán ustedes si afirmo bajo mi palabra de honor que no hay la menor exageración ni mentira en la relación del suceso maravilloso en que fué actor principal Loredano, mi pobre amigo que acaba de morir loco, *suceso que no me ha sido referido sino que he presenciado*. Después de todo los hechos no abdicar de su realidad porque sean o no creídos. Lo que ha sido, tenga o no explicación, merezca o nó el crédito de los hombres, fué. Créame quien quiera, que de todos modos el caso de Loredano es tan cierto como inexplicable.

A nosotros, como a todos los que se dedicaron a las experiencias espiritistas, nos pasó al cabo de algún tiempo el fervor por estos estudios. ¡Tánto nos atiborramos de misterios y maravillas de ultratumba, y de ocultismo, que, al fin, vino el hartazgo y el cansancio y nuestras sesiones fueron poco a poco distanciándose hasta cesar del todo! Naturalmente, Loredano, a pesar de lo que mi escepticismo procuró neutralizar, quedó profundamente convencido de la realidad del contacto y relación entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Como yo no conseguí tropezar con pruebas concluyentes, continué creyendo que en todo ello no había sino supercherías, exaltaciones de la imaginación e hiperexcitación nerviosa, que predisponían a los experimentadores a sugerencias personales y colectivas.

Volvimos a las costumbres y vida social normales. Tenía mi amigo 27 años, dos menos que yo. Su carácter era suavemente alegre, a pesar de ser concentrado y meditativo. Era Loredano de esos hombres alegres pero sin expansión, que aman y gozan de la vida por que ella se les presenta fácil; pero que no necesitan irradiar su bienestar y atraer a él a los demás para que participen en calidad de marcos de la propia ventura, como sucede con los hombres comunicativos, que viven de dentro a fuera, que son lo que podríamos llamar radiales. Caracteres así, no son pródigos en la amistad, y en efecto Loredano no tenía más amigo íntimo que yo. Sin embargo, tres o cuatro meses después de que pusimos término a nuestras experiencias espiritistas se produjo un cambio extraño en su carácter y en

sus relaciones conmigo. Dejó de buscarme en las tardes para el habitual paseo a caballo o en auto; y en las noche, en las que, cuando no comíamos juntos, me esperaba en su casa para cumplir con nuestras relaciones sociales, concurrir a los teatros, clubs y otras diversiones juveniles, dejó tambien de ser cumplido conmigo: no le encontraba en la casa. Varias veces en que logré verle le pedí cariñosas explicaciones por su extraña conducta; pero se disculpaba sonriendo tristemente, alegando asuntos y ocupaciones que le retraían y que no revelaba sino en forma vaga y obscura. Por el acento y modo de hablar vacilante comprendía que me mentía y que le mortificaba ni insistencia. Resolví no turbarle más con mis preguntas y reproches; pero temiendo que alguna grave perturbación hubiera trastornado su vida, me dediqué a investigar indirectamente la causa que había modificado la existencia de mi tranquilo y excelente amigo. Pude convencerme de que no eran cambios de fortuna los que preocupaban a Loredano. La fortuna que heredara de sus padres cada vez era más sólida. Su administración confiada a entidades bancarias de fuerte garantía, no podía ser más segura. Loredano sostenía su casa con lujo y numerosa servidumbre. Se daba todos los gustos materiales que apetecía, jugaba con moderación en el Club, hacía frecuentes donaciones y obras de caridad, y no consumía a pesar de todo sino una tercera parte de su renta, yendo el resto de ella a capitalizarse. Tampoco eran preocupaciones familiares. Loredano no tenía más parientes próximos que tres tías, ya maduras, hermanas de su padre, que residían en Colmar. Estas señoras adoraban al sobrino, cuya infancia trascurrió al lado de ellas. En efecto recién casado el padre de Loredano, oriundo de la región occidental de Alemania, llevó a su esposa para que conociera los poéticos países de las orillas del Rhin. Tenía Loredano dos años cuando murió su madre y hasta la edad de nueve años vivió al lado de sus tías. Cuando tenía esta edad el padre de Loredano, por razón de negocios regresó aquí, y trajo a su hijo. Entre los ocho y los catorce años vivió Loredano con su padre, y fué en esa época que se inició nuestra amistad en la escuela de primera enseñanza. Cuando contaba catorce años regresó a Europa enviado por su padre, para completar su educación. Sus tías se habían radicado en una magnífica posesión que poseían en Colmar, y en la cual pasó Loredano varias vacaciones. Tenía Loredano veinte años cuando regresó al lado de su padre y reanudamos sólidamente nuestra antigua amistad. A poco de haber

llegado Loredano tuvo la desgracia de perder a su padre. En ningún momento descuidó mi amigo de continuar la relación epistolar con sus tías a las que religiosamente escribía todos los meses.

Tomé a empeño de amor propio descubrir el secreto de mi amigo, y recurrí a todos los medios de investigación secreta; me convertí en una especie de detective y empleé el espionaje. Así, llegué a averiguar lo que deseaba saber. El motivo de la alteración que había sufrido el carácter de Loredano era el más necio y vulgar de todos los motivos, el que desde que existe el mundo ha perturbado la vida de los hombres, el amor, el eterno amor. Loredano se había enamorado desesperadamente de una niña, de Lodoiska, la hija del embajador de Noruega. Rubia, alta, esbelta, de grandes ojos verdes y pestañas y cejas negras, de cutis blanquísimo que parecía hecho con pulpa de las rosas pálidas, tenía Lodoiska una de esas bellezas sorprendentes y extrañas que explican fácilmente la pasión más absorbente y trastornadora en el alma de un hombre. Pero lo más curioso es que Loredano jamás dijo una palabra de amor a Lodoiska y que procuró con el mayor ahinco que ella no se diera cuenta de esta pasión aguda y concentrada que, como un cáncer, le devoraba el corazón. . . . ¿ Para qué? Sabía que no había de ser correspondido. Lodoiska amaba con toda la vehemencia de sus veinte años y del primer amor: era la novia de un joven teniente de la marina de guerra de Noruega: llevaba en un medallón, del que no se separaba nunca, el retrato de su amado, y en el anular de la mano izquierda el anillo de los esponsales. Se casaría con su amado en cuanto regresara a su país, que sería pronto, pues el embajador después de haber estado más de un año entre nosotros había pedido y obtenido una licencia para el verano próximo. Loredano, en dos o tres bailes en las legaciones y embajadas, fiestas a las que siempre se le invitaba, tuvo ocasión de hablar con Lodoiska, quien sintió ligera simpatía hacia mi amigo, y con la ingenuidad de su juventud y de su amor, al primer sondeo discreto que Loredano la hizo sobre su condición afectiva, le reveló sus ardientes sentimientos y esperanzas de ventura próxima. La hermosa niña con la más cruel candorosidad descubrió su corazón y sus ensueños, sin sospechar toda la amargura que, con sus confidencias, hacía sufrir a su reciente amigo. Este, se dió cuenta de su desventura y de la inutilidad de acariciar la más remota esperanza. . . .

¡ Pobre niña! ¡ Cuando faltaba apenas un mse para que em-

prendiera con su padre el viaje de regreso para realizar la soñada felicidad de su amor, murió víctima de violenta y aguda fiebre tífica.....!

III.

Poco antes de las nueve de la noche entró precipitadamente al comedor de mi casa, con el aspecto de la mayor consternación, Peter, el chauffeur de Loredano.

—Señor Marcelo.....usted es el único amigo de confianza del señor..... por eso me presento aquí... venga señor..... allí está en el auto....¡creo que está muerto!....

Dí un salto en mi asiento y le cojí violentamente del brazo.

—¡Explicáte por Dios!....¿Es de Loredano de quien hablas?.... ¿Qué ha sucedido?

El pobre hombre tartamudeando de emoción:—Sí, señor.....El señor Loredano mismo es el que traigo en el auto. En estos últimos días me ordenaba llevarle varias veces al día a la embajada noruega. Creo que había un enfermo allí...La señorita, hija del embajador...Hoy poco después de las ocho llamaron por teléfono al señor y le dijeron no sé qué, cosa que el señor salió como un loco y me ordenó que le llevara a la embajada...Subió a saltos la escalera y a poco volvió a bajar..... parecía borracho.....no pudo subir al auto y se tiró al suelo del carro...quise levantarle y ayudarle a sentarse....pesaba mucho....estaba lívido, sin movimiento, frío como un muerto y sin conocimiento....creo que no le latía el corazón señor Marcelo....allí está, señor...he pensado en usted para que me acompañe a llevarlo a la casa....

Salimos corriendo. Loredano yacía sobre el asiento del auto, desmadejado, como un trapo, con los ojos cerrados, frío y sin movimiento. El corazón latía, pero tan tenuemente que había hecho creer a Peter que había paralizado su ritmo. Regresé a mi escritorio y llamé por teléfono al médico de más reputación científica de la ciudad, el doctor Kellermann, que, felizmente, estaba en su casa en ese momento y me prometió acudir en el acto al domicilio de Loredano. En efecto, poco después de que acostamos a mi amigo en su lecho, llegó el facultativo, quien, después de prolijo examen, diagnosticó una fiebre cerebral de la peor clase.

—¡Si salva de la crisis aguda que se presentará, a más tardar dentro de cuarenta y ocho horas, continuará por lo menos dos meses en peligro de muerte!

Como es de suponer ¡me constituí en la casa de Loredano y contraté varias enfermeras y un médico permanente que atendieran a mi amigo bajo el control del doctor Kellermann. Para estar más cerca de Loredano me hice llevar un lecho a su escritorio. Como lo anunció el médico, la crisis grave se presentó en la mañana del subsiguiente día, caracterizada por una fiebre agudísima, convulsiones y delirio. Hubo un momento en que los médicos desesperaron de arrancar al paciente de la agonía que se aproximaba; pero lograron con enérgicas inyecciones y baños de hielo y calientes alternados, una reacción que salvó al que ya considerábamos cadáver. Pocas horas después declinó un poco la fiebre.

Al día siguiente en la mañana me había sentado a reflexionar en el bufete de Loredano y observé una carta abierta escrita de la letra de mi amigo. Era una carta a sus tías. Por la fecha que llevaba comprendí que había sido escrita la víspera del día en que Loredano sufrió el ataque que le tenía postrado. La carta estaba ya firmada y se conocía que, antes de ponerla en el sobre, había sobrevenido algo que obligó a Loredano a salir sin perder momento, dejando para después el envío de la carta que mensualmente dirigía a sus parientes. Creí conveniente cumplir el propósito de mi amigo, enviando el escrito a su destino, pero añadiéndole esta "Post-data":

"Señoras de todo mi respeto: Tengo el sentimiento de anunciarlas que después de escrita la anterior carta, Loredano ha caído gravemente enfermo, y está en estos momentos en peligro de muerte, a causa de un violento ataque cerebral. Juzgan los médicos que le atienden que el peligro no desaparecerá antes de dos meses. Cuanto esfuerzo sea necesario para salvar a mi amigo será hecho. Os escribiré con la frecuencia que me sea posible sobre el curso de la enfermedad".

Trascurrieron diez o doce días más sin que Loredano recobrará el conocimiento. Sin embargo los médicos comenzaron a abrigar esperanzas, pues la fiebre seguía una curva favorable. Poco después llegó un cablegrama que decía lo siguiente:

"Embarcamos en este momento para cuidar a nuestro amado sobrino.—*Filomela y hermanas*".

Veintitrés días después llegaron las tías de Loredano. Eran tres señoras de fisonomía agradable. La mayor, dama de cerca de cincuenta años, se llamaba Filomela. La segunda, Marta, sería tres o cuatro años menor. La tercera de las tías de Loredano, Hipólita, tendría próximamente cuarenta años. De-

bieron haber sido muy bellas en la juventud, especialmente la última. Las tres damas tenían aspecto distinguido y finos modales. Altas, delgadas, de movimientos vivaces y mirada fulgurante, acusaban temperamento nervioso y energía de carácter. Me pareció notar en el primer momento que no simpatizaban conmigo, suponiéndome acaso un aventurero, explotador de su sobrino, o imaginando que por las locuras y excesos a que yo le había estimulado se había producido como consecuencia la seria dolencia que padecía el desgraciado joven. La primera visita a la alcoba del enfermo, que seguía en estado de inconciencia y sólo en breves instantes abría los ojos y parecía recobrar el conocimiento, fué conmovedora. Las tres mujeres se precipitaron al lecho del paciente, le abrazaron tiernamente, besándole las manos, prodigándole palabras afectuosas y los epítetos de cariño con que le mimaban cuando era niño. Después de los informes detallados que me pidieron sobre la enfermedad de Loredano, el tratamiento a que estaba sometido, así como respecto a la organización y costumbres habituales de la casa, creí de mi deber entregar a la hermana mayor la dirección y administración que por deber imperioso de amistad había asumido, y retirarme. Las señoras, sea por que habían modificado su desfavorable concepto de mi persona, o por que precisamente querían tener ocasión de observarme de cerca, me rogaron encarecidamente que, mientras ellas se habituaban a la nueva vida, continuara en la dirección de la casa. Accedí por que no creí galante ni prudente negarme a ello. Ocho o diez días después de la llegada de sus tías se inició en Loredano una mejoría franca. Recobró el uso de sus facultades mentales, desapareció casi del todo la fiebre, y fué posible, con una alimentación sobria pero tónica, ayudar la reparación de las fuerzas agotadas.

IV.

Sería inoficioso detallar la convalecencia de Loredano. Solo recordaré la escena del reconocimiento que hizo de sus tías, el primer día en que sus facultades mentales volvieron a esclarecerse. Al principio, en medio de la nebulosa en que flotaban sus sensaciones e ideas, no acertaba a darse cuenta de su estado ni de las personas que veía en torno de su lecho; las enfermeras, las tres señoras, el médico y yo, no éramos sino sombras, bultos, seres anónimos, que se sucedían en el espacio y en el tiempo se movían, se juntaban, se separaban o se alejaban. Pero a medida que fué acentuándose la mejoría, las

ideas fueron tomando posiciones, las funciones mentales fueron recomponiéndose, y comenzó a fijar la atención en las sombras que se agitaban en torno de su lecho, y a hacer diferenciaciones. Así fué, que una mañana, en que un chorro de luz ténue entró por una puerta, cayó sobre una de sus tías e iluminó su rostro, Loredano abrió desmesuradamente los ojos, como espantado y atónito, se los restregó, se incorporó cogiendo ávidamente la mano de Hipólita como si temiera que la visión se borrara, y la preguntó con voz temblorosa:

—Por favor...dígame, ¿quién es usted, señora?...creo engañarme....sin duda un error de mis sentidos....es imposible....hay mucha tierra, mucho mar y muchos años de por medio....pero dígame, señora.... ¿quién es usted?

Hipólita, presa de intensa emoción, y con las lágrimas corriendo por sus marfilinas mejillas, abrazó a su sobrino:

—Sí, Loredano.....no es ilusión de tus sentidos....somos nosotras.....soy tu tía Hipólita, y aquí está Filomela y Marta.....Míralas.....!

Y las tres señoras rodearon al enfermo, y después de las primeras expansiones le explicaron lo que había originado su viaje desde Colmar.

La naturaleza joven y robusta de Loredano reaccionó al fin sobre el estado moral del paciente, y poco a poco la salud física fué consolidándose. Pronto ordenaron los médicos que se levantara del lecho; a poco autorizaron las salidas a la calle, y la normalización de la vida del que acababa de salvar de la suprema caída. Fué entonces que volví a insistir en separarme de la casa de mi amigo, pues ya no tenía objeto mi permanencia constante en ella; pero las señoras insistieron en que continuara acompañando por algún tiempo a Loredano y éste mismo, a quien yo creía complacer dejándole solo con sus meditaciones, me retuvo.

—No te vayas, Marcelo, tengo miedo de quedarme solo con mi dolor.....

—Te complacería si supiera que puedo servirte de consuelo o distracción; pero no creo que sea así, Loredano, y más bien tengo la impresión de que mi presencia te cohibiera, como si tu alma se conformara mejor con el aislamiento. No conozco la causa de tus sufrimientos y de la trasformación que, desde hace ocho o diez meses, has experimentado: no sabría, pues, encontrar los medios de atenuar siquiera los para mi desconocidos dolores morales que te acongojan.

(Continuará)